

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

4 de abril de 1891

Núm. 179



Ayuntamiento de Madrid

LA APLICACIÓN

UN RATO DE CHARLA

EN este país clásico de las *frases hechas* y de la reatería este-reotipada, parece como que desafina el que no se conforma con la opinión vulgar. ¡Pobre del que se atreviese á burlarse de la *raza latina*, de *nuestros hermanos de Portugal*, de la *generosa Francia*, etc. Quiero hablar hoy de los lazos que *deben unirnos con nuestros hermanos de la América española*, cliché terriblemente esparcido desde que se habla del *Centenario de Colón* (sic).

Creo que nos dejamos llevar un tantico por nuestro incurable cuanto funestísimo idealismo, y que maldito el apretón que á los tales lazos dará el centenario colombino. Cuatro discursos de relumbrón, y hasta otro... centenario.

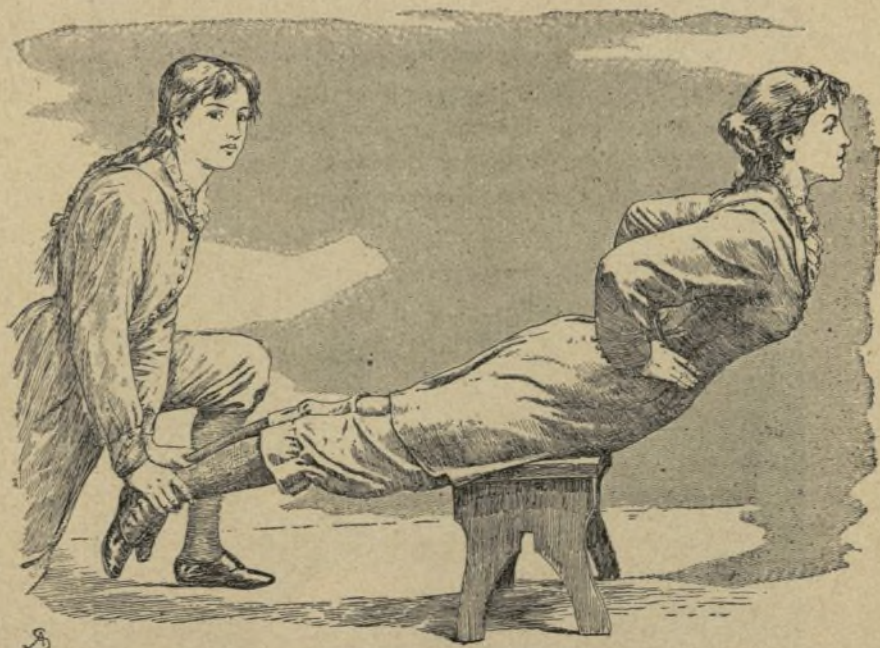
Yo hubiera arreglado las cosas de otra manera: hubiera puesto especialísimo empeño en demostrar que España (la de entonces) había hecho prodigios de generosidad, de abnegación, de desprendimiento en beneficio de América; hubiera hecho por arrambar con todas las necedades y falsedades que contra nuestro ministerio en el Nuevo Mundo se han escrito, y hubiera hecho que quedase bien sentada la afirmación de que España lo hizo todo en el descubrimiento y hubiera descubierto á América sin necesidad de Colón, pues las cosas habían llegado á tal punto que era artículo de fe para mucha gente la creencia en aquellas tierras. Aparte de que, no mostró más osadía Colón que la que mostrara Vasco de Gama antes que él.

Estamos siendo, hace ya demasiado tiempo, objeto de las calumnias de los extranjeros. Nuestro sistema colonial fué un dechado de dulzura, lo mismo en absoluto que comparado con otros sistemas *contemporáneos*; nuestra misión, civilizadora en alto grado; tan civilizadora que, cuando libertamos á los infelices peruanos de la sanguinaria tiranía de Atahualpa, nos llamaron *Viracochas*, como á su más adorado dios. Eso de nuestra rapacidad es un lugar común, lo mismo que los inmensos tesoros que de allí sacábamos, sobre lo cual se ha exagerado en grande. ¿Dónde encontrar una figura más venerable que La Gasca? ¿Quién más paternal que D. Antonio de Mendoza? ¿Quién llenó de ciudades el Perú, La Plata, el Ecuador, todo el norte de la América Austral?

Y, sin embargo, se nos acusa de continuo, como si nosotros tu-

Ayuntamiento de Madrid

viésemos que cargar con iguales culpas que Inglaterra respecto á sus colonias de Norte América. La separación entre la metrópoli y los virreinos del Nuevo Mundo era fatal, cumpliéndose la ley político-etnográfica que se observa en la materia; pero, sin el afán de *imitar* á los revolucionarios franceses, y luego á los republicanos de los Estados Unidos, hubiérase retardado. No había motivo, sin em-



Gimnástica sueca

bargo, para que á la separación se añadiera la inquina. Yo comprendo, á la verdad, hasta cierto punto, que guarden malos recuerdos de nosotros los italianos, los flamencos y los moros, pero no los hispanoamericanos, harto imbuidos un tiempo en las falsas ideas que sobre nosotros propagaban los franceses, nuestros eternos *perjudicadores*. Gracias sean dadas á Dios por haberse borrado ya en gran parte las suspicacias de antaño.

Todas las naciones debieran hacer del cuarto centenario del descubrimiento de América un motivo para rendir á España el homenaje de su admiración por lo que hizo; pero ¡ya va á ser eso! Ya me contentaría yo con que nos dejasen en paz, sin mentarnos; mas á buen seguro no faltará quien saque á relucir todas las lindezas y guapezas de otros tiempos, tal como las inventaron los enciclope-

Ayuntamiento de Madrid

distas. ¡Pobres Pinzones, pobre Solís, pobre Cortés, pobre Balboa, pobre Pizarro, pobre Belálcazar, pobre Valdivia, pobre Quesada, pobre Alvarado! ¡Dios os la depare buena!

Mucha culpa, sin embargo, nos cabe en que se hayan falseado por tal manera los hechos de nuestra dominación americana: he-



Gimnástica sueca

mos olvidado por demasiado tiempo nuestra admirable tradición de historiadores de aquel país, y hemos dejado que los antiespañoles se despacharan á su gusto, descuidando el cultivo del *americanismo* que nosotros, más que nadie, estábamos llamados á monopolizar. Grandes beneficios se reportarían con reanudar la tradición de los Cieza, los Gomara, los Oviedo, los Herrera, los Acosta, los Avenaño, los Sahagún, los Piedrahita, los Simón, los Ustáriz, los Ulloa.

Ayuntamiento de Madrid

y tantos otros insignes americanistas, y demostrar la verdadera naturaleza de nuestra política colonial, malévolamente trastocada por los enemigos de España. Puede que así llegaríamos á conven- cer de nuestros méritos y de nuestra paternal administración á aquella parte (la más exigua) de hispanoamericanos que han apren- dido su historia en traducciones del francés, del inglés ó del italia- no, propagadas sin reparo por nosotros mismos.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LOS GLOBOS AEROSTATICOS

PARA que un cuerpo se eleve en la atmósfera, es necesario que la densidad del cuerpo sea menor que la del aire; pero como que á medida que nos elevamos en la atmósfera el aire disminu- ye, el empuje que determina la elevación de cuerpos menos den- sos que el fluido ambiente irá disminuyendo hasta igualar el peso del cuerpo flotante.

El problema de la navegación aérea contiene dos partes: *1.ª Dirigir un globo en una atmósfera tranquila ó soplando débiles brisas. 2.ª Navegar en cualquier rumbo reinando fuertes vientos.*

El primer caso puede darse como resuelto, y al efecto se han construido globos, como el de Tissandier, de forma elipsoidal, que llevan una hélice, como los buques de vapor, la cual gira por medio de un motor eléctrico; y la resistencia del fluido á la rotación de la hélice imprime una velocidad que pudiera combinarse con la del viento para dirigir el globo.

La segunda parte del problema, *la dirección de los globos*, que pro- piamente así se designa, dista mucho de haberse descubierto,

como algunas veces se anuncia por un sinnúmero de inventores ayudados por sociedades, particulares y hasta por los gobiernos de algunas naciones.

La navegación aérea tiene algunas dificultades, siendo la principal no poder disponer de un motor bastante ligero para que, sin aumentar la superficie del globo, desarrolle suficiente fuerza para

contrarrestar la presión del viento, mereciendo por ahora preferencia la electricidad; pero es muy poca la potencia disponible si se emplearan acumuladores para un largo viaje aéreo. Además es muy peligroso viajar por el aire, debido á la fragilidad de las telas, de las cuerdas, etc., y finalmente á la propensión al mal tiempo y á los vientos en las altas regiones.

Por otra parte nos proporciona algunas ventajas, como las de trasladarnos de un lugar á otro, transportar mercancías y materiales sin ne-



Gimnástica sueca

cesidad de carreteras y vías férreas, y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Después de algunos ensayos, el primero que consiguió elevarse fué el P. Guzmán ó Guzmán, en Lisboa, el año 1720, en un globo cautivo henchido con aire caliente, pasando desapercibido el experimento; y, posteriormente, los hermanos Montgolfier, en Francia, el año 1782, se elevaron en un globo henchido con aire caliente, lo mismo que el anterior.

Los globos destinados á llevar aeronautas se construyen de tafetán barnizado para hacerle impermeable, ó de tela gruesa recubierta por una lámina de caucho. Son de forma casi esferoidal, algo prolongados por la parte inferior, por donde se llenan de

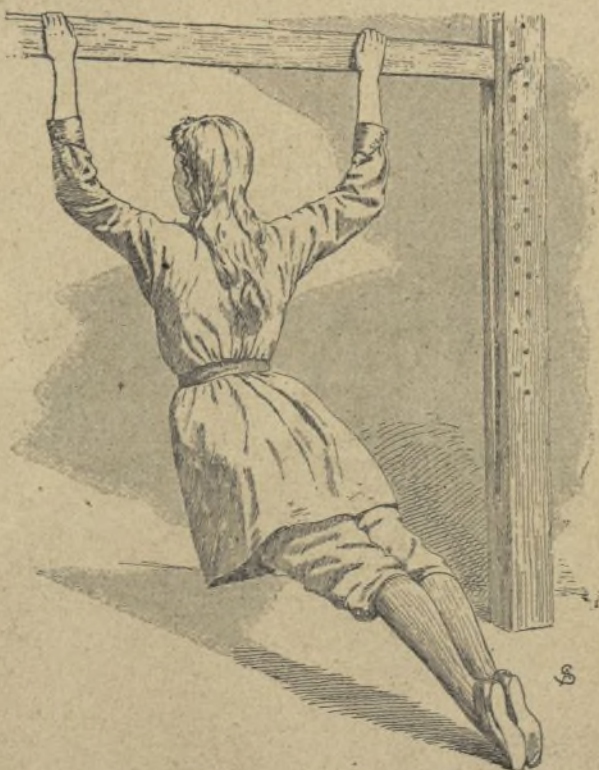
un gas ligero, que suele ser el hidrógeno. El hemisferio superior del globo está protegido por una red de cuerdas cuyos cabos quedan sueltos en la parte inferior y sirven para sostener la barquilla.

El aeronauta puede elevarse ó descender. Para lo primero arroja parte del lastre, consistente en pequeños sacos de arena, cuando el globo no tiene fuerza ascensional; y para lo segundo hay una válvula que puede abrirse ó cerrarse por medio de una cuerda, dejando escapar el gas, con lo cual disminuye el volumen del globo y se hace preponderante su peso sobre el empuje hacia arriba que le sostiene.

Si sobreviniere de pronto la rotura del globo ú ocurriese una gran avería, cortando las cuerdas puede descender la barquilla por medio del paracaídas hecho de tela á modo de un paraguas, que va plegado hasta el momento preciso de utilizarle y permite un descenso lento por la resistencia que opone el aire.

También desde muy antiguo han aspirado los hombres á elevarse, diferentemente que con los globos aerostáticos, á imitación de las aves; y todavía sueñan en surcar la atmósfera en cualquier dirección con la misma facilidad que los animales volátiles; cosa que bien puede tacharse de un verdadero delirio de la fantasía.

JUAN GUAU Y DURÁN



Gimnástica sueca





Ay NIÑOS Y GATOS Madrid

UN HOMBRE SABIO Y VIRTUOSO Y UN LADRON

El cura de N. era un hombre sencillo, sabio y virtuoso, pero pobre. No se ocupaba en otra cosa que en su curato y en sus trabajos literarios, que tan famoso le hicieron.

No tenía quien le sirviera, y, en invierno, falto de leña muchas veces para calentarse, solía trabajar en su cama, calada su gorra de dormir, metido en un gran levitón y tirados sobre sus hombros unos calzones, cuyos lados pendían á diestro y siniestro.

Estando en esta actitud, oyó una mañana que llamaban á su puerta.

—¿Quién va?

—Abra V., padre cura.

Tira, desde la cama, de un cordón, como tenía por costumbre, y la puerta se abre.

Nuestro buen hombre, sin levantar siquiera la vista de su trabajo,

—¿Quién sois?—preguntó al hombre que había entrado.

—El dinero ó la vida,—respondió el interpelado.

—¿El dinero ó la vida?—preguntó el cura sin levantar mano de su trabajo.—¡Ah! Ya entiendo: V. es un ladrón.

—Ladrón ó no, necesito, quiero, exijo que me dé V. su dinero.

—¡Ah! Ya: V. necesita mi dinero. Ea, pues: búsquelo V. ahí dentro.—É inclinándose hacia el desconocido, le ofreció una faltriquera de los calzones que pendían de sus hombros.

El ladrón mete la mano en la faltriquera y registra.

—No quiero bromas, padre cura, ó si no V. lo va á pasar mal: aquí no hay dinero.

—Es verdad, hombre, es verdad; pero hay en cambio mi llave.

—Bien: y esta llave...

—Tómela V.

—Ya la tengo.

—Vaya V. á aquel escritorio: ábralo V.

El ladrón mete la llave á uno de los cajones, lo abre y empieza á revolver papeles.

—¡Hombre, no! ¡No revuelva V. más! ¡Eso son mis papeles! ¡Vive Dios! ¿Acabará V.? ¿No le digo que eso son mis papeles? En el otro cajón encontrará V. el dinero.

—¡Ah! Ya: aquí está.

—Ea, pues: tómelo V. y vuelva V. á cerrar el cajón.

El ladrón toma el dinero y huye precipitadamente.

—¡Ea, señor ladrón!—gritó el cura al verle huir.—¡Hágame V. el obsequio de cerrar la puerta! ¡Mal haya! ¡Me ha dejado la puerta abierta! ¡Qué

ladrón tan torpe! ;Y con el frío que hace tendré que levantarme á cerrar la puerta! ;Bárbaro ladrón!

El pobre cura levántase resignado, cierra la puerta, vuelve á meterse en la



Iglesia de San Pablo, en Londres

cama, y emprende de nuevo su trabajo como si nada le hubiese pasado y sin pensar quizás que no le quedaba un mísero real para comer.

¡Qué susto hubierais pasado vosotros, queridos niños, si hubierais visto entrar un ladrón por la puerta de vuestro cuarto!

¿Verdad que os admira la calma y la resignación de aquel sabio y venerable sacerdote ante un hecho tan estupendo?

Los hombres que, como él, viven sólo para sus hermanos ó para la ciencia,

ensimismados en sus proyectos humanitarios ó en sus cálculos científicos, miran con indiferencia todo lo demás.

Pero vosotros diréis:—¿Y si aquel hombre desalmado le hubiera muerto? —Pudiera haber ocurrido esto, y muchos casos se dan de asesinato por causa de robo; pero los que como nuestro virtuoso sacerdote están dispuestos á sacrificarse por la humanidad ó por la ciencia, no piensan en ellos mismos: se lamentan de las desgracias ajenas, pasándoles desapercibidas las suyas, á no ser para armarse de resignación y de paciencia.

¿Por qué había de desesperarse el buen cura? ¿Hubiera acaso recobrado su dinero desesperándose? ¿No le quedaban, para auxiliarle, sus queridos feligreses, que tantos beneficios le debían? ¿Había de abandonarle Dios siendo, como era, tan bueno y tan virtuoso?

PEDRO GARRIGA PUIG

EL PEREGRINO

(A mi querido discípulo Carlos Vitoria)

I

Era una noche de mayo:
el fiero aquilón bramaba
y el negro espacio cruzaba
el horripilante rayo.

Por espinoso sendero
avanzaba un peregrino
que, cansado del camino
y ya en su aliento postrero,
saca fuerzas de flaqueza
y, con la mente en Maria,
sus inciertos pasos guía
á la feudal fortaleza.

Llega temblando de frío,
llama, nadie le responde,
vuelve á llamar, y se esconde
su voz flaca en el vacío.

La tempestad no decrece,
los elementos se agitan,
las aves nocturnas gritan
y el ronco trueno ensordece.

Con el silbido del viento
y el crujir de los cristales
se oyen risas bacanales
en el próximo aposento.

Es que el señor del castillo
en no interrumpida orgía

pasa un día y otro día
sin piedad de su bolsillo.

Llama otra vez, y el ladrido
de un can resonó el espacio,
y un servidor del palacio
salió á abrir despavorido.

El pobre, con voz doliente
y de frío tiritando,
dijo entre sollozando
estas frases al sirviente:

—Un cansado peregrino,
por el frío fatigado,
con la noche se ha extraviado
y no acierta su camino.

Un albergue por piedad
dadme en cualquier rincón,
que nuestro Padre bendito
os premiará en su bondad.—

Retiróse el servidor,
cerró la puerta prolijo,
volvió, y al pobre le dijo
de orden de su señor:

—Á mi amo no le agrada
socorrer al peregrino,
y si ha perdido el camino
que le busque: no hay posada.—

Volvió á cerrar el impío.

El pobre, mudo de espanto,



¡Hailad-s!
Ayuntamiento de Madrid

sentóse en el duro canto,
desfallecido de frío.

El agua cae á torrentes,
el viento brama furioso,
y un diluvio impetuoso
resbala por las pendientes.

El pobre, triste, abatido,
fijando en Dios su esperanza,
aguardando la bonanza,
quedóse pronto dormido.

II

La noche termina ya,
la aurora asoma en Oriente,
y en su carro refulgente
Apolo avanzando va.

Alegres, canoros trinos
las aves todas gorjean,
y las auras juguetean
en el hueco de los pinos.

Con los primeros albores
los rebaños, placenteros,
merodean los senderos
del monte, con sus pastores.

Del castillo un muy doncel
la férrea puerta abrió,
y un cuerpo inerte rodó
parte adentro del dintel.

Huyó el joven, asustado,
el castillo alborotó,
y á su amo cuenta dió
del cadáver encontrado.

Apenas el señor vió,
se mudaron sus facciones,
y en horribles contorsiones
su cuerpo se retorció.

Sus ojos ; vano recelo !
en sus órbitas giraron ;
sus piernas se flaquearon
y cayó, rodando, al suelo.

Rodeado de criados
se vió el noble en un momento
y á un tapizado aposento
lleváronle desolados.

Grandes lloros y gemidos
por doquiera se escuchaban,
aunque en muchos no pasaban
de ser lamentos fingidos.

Su desmayo no era vano,
pues al volver á la vida
esta frase le fué oída :
— ¡ Ay de mí ! ¡ Era mi hermano ! —

Niños que al mundo llegáis
sin saber vuestro destino,
y las penas del camino
todavía no gustáis,
socorred al peregrino.

Que no es pensamiento vano
amparar al desvalido:
dad cuando esté en vuestras mano,
que, aunque se halle en el olvido
ese pobre, es vuestro hermano.

R. LÓPEZ FERNÁNDEZ

NUESTROS GRABADOS

LA APLICACIÓN

De eso se trata, en efecto. El pobre barrendero convierte en clase de escritura *la vía pública*, copiando con yeso los caracteres de imprenta de un cartelón. El muchacho hará carrera de seguro, pues el que hace lo que hace él revela una gran fuerza de voluntad y una decidida vocación.

GIMNÁSTICA SUECA

Como se ve, no pueden ser más sencillos los *aparatos*. El simple examen de los grabados basta para saber de qué se trata.

MÚSICA VOCAL É INSTRUMENTAL

Ni más ni menos, un concierto en regla. La niña canta, acompañándose al piano, y el arrapiezo *ameniza* el canto con sus preciosos solos de violín. Chicos filarmónicos, á lo que se ve.

Ayuntamiento de Madrid

NIÑOS Y GATOS

Tres niños y cuatro gatos pueden dar motivo á pintar un cuadrito muy lindo, verbigracia el que sirve de original á nuestro grabado de color. Los niños son muy simpáticos, y los gatitos también.

IGLESIA DE SAN PABLO, EN LONDRES

Esta iglesia es la mayor de Londres, y, aunque no se recomienda por extraordinarias bellezas arquitectónicas, produce imponente efecto por su grandiosidad.

¡HALLADAS!

Las dos chiquillas se fueron á contar cuentos *sub tegmine fagi*. Llega la hora de comer, y ¡que si quieres! ni rastro de ellas. Se envía á la mayorcita, á la niñera, y por fin son descubiertas las atolondradas arrapiezas, precisamente cuando *la de más edad* se hallaba en lo mejor del famoso cuento de *Granito de Pimienta*, tan conocido de nuestros camaradas.

CUENTOS ESLAVOS

(Continuación)

Vasilisa despertó por la mañana al príncipe, diciéndole:

—Levántate, que ya está corriente el jardín y mi padre llegará pronto para verlo.

El príncipe cogió una escoba y se fué al jardín para barrer los paseos.

Un momento después llegó el Rey de las Aguas y le dijo:

—Gracias, gracias, príncipe. Este servicio no vale menos que el otro, y, por lo tanto, te dejaré escoger novia entre mis doce hijas. Todas son iguales por las facciones, por el cabello y el traje, y si consigues elegir la misma tres veces corriendo, será tu esposa. Si no lo haces, mandaré que te den muerte.

Vasilisa, que sabía ya todo esto, halló medio para decir al príncipe:

—La primera vez haré ondear mi pañuelo, la segunda me estará arreglando el vestido, y la tercera verás una mosca sobre mi cabeza.

De este modo el príncipe pudo reconocer tres veces, corriendo, cuál era Vasilisa la Sabia, por lo cual se casó con ella, celebrándose con espléndidas fiestas sus bodas.

El Rey de las Aguas había mandado preparar mucho alimento de toda especie, más del que hubieran podido consumir cien hombres, y dijo á su yerno que era preciso que se comiese todo, pues de lo contrario el príncipe tendría un disgusto.

—Si queda algo,—le dijo,—peor para ti.

—Padre,—repuso el príncipe,—aquí hay un antiguo servidor mío, y, si lo permitís, tomará un bocado con nosotros.

—Que venga,—contestó el rey.

Ayuntamiento de Madrid

Un momento después presentóse Ovédalo y se lo comió todo como si tal cosa.

El Rey de las Aguas mandó sacar entonces varios barriles de bebidas fuertes, y ordenó á su yerno que hiciese de manera que se bebiese todo.

—Padre mío,—replicó el príncipe,—tengo aquí otro servidor, y, si lo permitís, beberá á vuestra salud.—A cuyas palabras contestó con mal disimulado enojo el Rey de las Aguas:

—Que venga.

Opívalo apareció en el acto, y no sólo apuró los cuarenta barriles que le mostraron, sino que todavía pidió, después de apurarlos, que le sirviesen una copita.

El Rey de las Aguas, viendo que no podía conseguir nada por aquella parte, mandó preparar un baño para los recién casados en una habitación de hierro, la cual mandó calentar todo lo posible; y como se echaron doce cargas de leña, la estufa y las paredes se calentaron hasta la incandescencia, de suerte que era imposible acercarse á menos de cinco verstas.

—Padre mío,—dijo el príncipe,—permitid que venga otro servidor que aun tengo, para que pruebe antes cómo está la sala de baños.

—Que venga.

Moroz Treskún penetró en la sala, sopló en un ángulo, luego en otro, y un momento después viéronse pendientes de las paredes estalactitas de hielo. Entonces entraron los recién casados, y después de bañarse volvieron á sus habitaciones.

Al poco tiempo, Vasilisa dijo al príncipe:

—Mejor será abandonar los dominios de mi padre, porque veo que está enfurecido contra ti. No sea que fragüe algún plan para perderte.

—Pues vámonos,—contestó el príncipe.

Acto continuo ensillaron sus caballos, y, alejándose á toda prisa, pronto llegaron á la llanura. Después de cabalgar muchas horas, Vasilisa dijo al príncipe:

—Apéate, pega el oído al suelo y dime si oyes algún ruido que te indique la persecución.

El príncipe obedeció; mas como no percibiese rumor alguno, Vasilisa se apeó á su vez y, echándose en tierra, escuchó un momento.

—Príncipe,—dijo después,—yo oigo un gran ruido, por el cual conozco que nos persiguen.

Entonces Vasilisa convirtió los caballos en un pozo, y al príncipe en un anciano, trasformándose ella en cubo.

(Se concluirá)

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor; plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica, plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA